

Cambios históricos y propuestas éticas

Durante la última década se han producido cambios importantes en el imaginario colectivo, que han podido generar desconcierto en los sectores críticos y alternativos de nuestra sociedad y en la conciencia cristiana liberadora. No se trata de simples cambios coyunturales que se queden en la superficie, sino de transformaciones profundas que anuncian un cambio epocal. Se dibuja un panorama nuevo que puede desorientar. De ahí la necesidad de una brújula, para no perderse. Tal es la modesta función de estas páginas.

Dividiré la exposición en dos partes. En la primera analizaré los cambios y las nuevas tendencias de la última década. Después ofreceré unas propuestas éticas.

Juan-José Tamayo*

* Doctor en Filosofía y en Teología. Diplomado en Ciencias Sociales. Profesor del Instituto Fe y Secularidad. Madrid.

Cambios producidos en el imaginario colectivo

*Del «fuera del sistema está la salvación»
al «fuera del sistema no hay salvación»*

EN las décadas sesenta y setenta, el sistema era considerado una camisa de fuerza de la que había que liberarse para conseguir la emancipación de la persona y de la sociedad. Sólo fuera de él se encontraba la salvación. La fe y la cultura se situaban frente al sistema como fuerzas críticas y erosionadoras, y se convertían en significativos cauces de lucha contra el orden establecido en sus diferentes manifestaciones autoritarias y represivas.

Hoy el panorama ha cambiado notablemente. El sistema se ha convertido en fuerza de protección. En vez de problema, se nos presenta como la panacea. Los problemas sólo tienen solución dentro del sistema. Situar-se fuera de él es colocarse en la marginalidad, en la irrelevancia social; es quedarse en la pura e inoperante actitud testimonial. Y eso, se dice, no conduce a ningún sitio.

En consecuencia, se tiende a poner todo el empeño en salvar el sistema, pues si éste se hunde, nos hundimos nosotros y nosotras con él. La cultura se domestica y se coloca al servicio del sistema. Pierde así la fuerza crítica de antaño. Como premio por su docilidad y fidelidad, la cultura recibe un cúmulo de subvenciones, que la convierten en cultura oficial, protegida, tutelada. La fe tiene también buen cuidado de no cuestionar el sistema para seguir contando con los beneficios que éste le proporciona, bien en forma de exenciones o de subvenciones, bien concediendo a las religiones tratos de favor en cuestiones vitales para su supervivencia como el inductrinamiento a través de las instituciones educativas.

Desestabilizar el sistema se convierte en un pecado de lesa majestad.

*De la defensa de las «grandes causas»
a la reclusión en las «tareas domésticas»*

EN las décadas precedentes predominaba la voluntad de cambio, el deseo de transformación de las estructuras, la lucha por los grandes ideales.

Hoy el panorama parece haber cambiado. Ante la imposibilidad de cambiar el mundo, se opta por cultivar el propio jardín. Los grandes relatos ceden paso a las pequeñas historias. La atención a la vida cotidiana sustituye a los grandes proyectos. Las grandes visiones del mundo, los análisis globales, las macro-utopías se diluyen para dejar paso a las concepciones parciales, a los análisis sectoriales. Al resultar inabarcables y lejanos los grandes problemas, se centra la atención en los problemas más cercanos, en los que nos afectan más directamente. Impera la cultura del fragmento.

Las grandes causas universales de la libertad, de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad, de la sororidad se presentan ante nuestros ojos como irrealizables, y la lucha en favor de ellas se aplaza. Los grandes ideales de la revolución, del socialismo, de la solidaridad internacional, etc., que en décadas pasadas eran metas a conseguir, se han convertido en «mitos» a los que hay que renunciar.

A ello se suma una desvalorización de lo público, que es un valor en baja, y una revalorización de lo privado, que desemboca en un individualismo feroz. Cada vez se dedican menos energías, menos tiempo, al servicio de la comunidad. Hay un desmedido cultivo de uno-mismo, una exagerada dedicación al *atrezzo* personal, una atención casi enfermiza a los asuntos propios. Difícilmente llega a darse el salto del interés individual al compromiso socio-político.

Ausencia de referentes éticos

SE aprecia una *falta de referentes éticos* en la acción política institucional, en la actividad económica, en el trabajo profesional y en la propia vida personal. Esto choca con las permanentes apelaciones a la ética y al rearme moral, y con la importancia de la filosofía moral en el ámbito universitario.

La disociación entre ética y política es tan profunda e insalvable que pareciera imposible articular un proyecto político dentro de un proyecto ético. Vamos camino de una *democracia sin moral*. La corrupción actualmente reinante en el mundo de la política es tan escandalosa que aleja cada vez más toda posibilidad de dar dimensión ética a la política.

En este clima, urge entender y practicar la política, amén de como mediación de la democracia, como proyecto moral a construir, según recordaba el profesor Aranguren.

La economía se ha emancipado de la moral. Asimismo se desvincula de la política y se convierte en poder autónomo, sin control alguno. Al final se

quiere hacer ver que la economía es un asunto puramente técnico y que la actividad económica, si pretende ser rentable y útil a la humanidad, ha de regirse por tres principios: la eficacia, la competitividad y el lucro. *Business are business*.

Similares principios tienden a imponerse en el ámbito profesional. Lo que se exige a los profesionales ejemplares, considerados modelo a seguir por toda persona con deseos de superación personal, es: disciplina, agresividad, eficiencia, pragmatismo y entrega. Practicando estas exigencias, se logra el triunfo. Para conseguirlo hay que sacrificar todo: desde el proyecto personal y la vida familiar, pasando por las opciones políticas, hasta las amistades y el tiempo de ocio. Todo en la vida —el tiempo y las elecciones humanas— tiene que ser productivo.

La falta de referentes éticos se aprecia también en la sociedad, donde impera el individualismo, la insolidaridad y la reclusión en la vida privada. Hay importantes y preocupantes manifestaciones de racismo y xenofobia, dictadas por una concepción etnocéntrica de la convivencia humana. Ésta no parece regirse por la ética de la igualdad y de la alteridad, sino, más bien, por el principio de exclusión de lo diferente, tanto en los terrenos social y cultural como en el religioso y el cívico.

Vaciamiento de energías utópicas

VIVIMOS en un momento de vaciamiento de energías utópicas. Ello se constata, primeramente, en el descrédito en que ha caído la palabra «utopía», que suele identificarse con ilusión, fantasmagoría, evasión, huida de la realidad, espejismo, ingenuidad, falta de sentido práctico, etc. Calificar a una persona de utópica no es precisamente un piropo, sino una crítica en toda regla. Es como llamarla visionaria, «iluminada», ingenua, irracional, etc.

La utopía está ausente de casi todas las dimensiones de la existencia humana.

El descrédito de la utopía crece con la misma celeridad con que avanzan las conquistas de la ciencia y de la técnica. Existe una pugna entre la razón utópica y la razón instrumental, entre la utopía inscrita en lo más profundo del ser humano y la anti-utopía inscrita en la razón de Estado. La razón instrumental es pragmática y calculadora, pero ciega ante el futuro imprevisto; tiende a convertir en medio lo que es fin, con tal de lograr sus objetivos de dominio y crecimiento; programa y controla todo, hasta lo más incontrollable, como es la esperanza, sin dejar resquicio alguno para la novedad; considera el futuro como repetición de muchos pasados sumados al presente —«nada nuevo bajo el sol».

La razón utópica, sin embargo, es imaginativa, crítica, creadora, proyectiva, improgramable; tiene la mirada puesta en lo no-advenido, en lo imprevisible, en lo nuevo. No se conforma con la realidad tal como se nos presenta; se muestra inconoclasta de lo negativo de la realidad y propone alternativas de futuro con capacidad de universalidad.

En la pugna entre la razón utópica y la razón instrumental, es ésta la que impone sus reglas de juego. La sociedad consumista y competitiva, profundamente injusta y desigual, cierra el paso a todo ideal de un mundo mejor para quienes viven peor.

Determinadas manifestaciones de la cultura posmoderna vienen a reforzar la faz *anti-utópica* de la sociedad actual, negando todo valor a las utopías. Éstas, se afirma, no pertenecen a este mundo. De ahí que haya que excluir las del mundo de la política, de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, de la filosofía, de la religión, y hasta de la vida diaria. Más que los proyectos a largo plazo, lo que impera es el aquí y el ahora; falta perspectiva histórica y, sobre todo, horizontes de futuro. La posmodernidad no reconoce sentido ni finalidad a la historia: «No existe *telos* alguno de la historia —observa F. Crespi—; ésta, al contrario, se presenta como experiencia repetitiva... de la misma imposibilidad de conciliación».

Dos consecuencias muy negativas de la pérdida de conciencia utópica son: la renuncia a todo cambio o ideal de transformación por considerarlo imposible o, lo que es peor, innecesario; y la cómoda y acrítica instalación en el presente. Comparto la opinión de Habermas, quien afirma que, «cuando se secan los manantiales utópicos, se difunde un desierto de trivialidad y perplejidad».

Propuestas éticas: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué nos cabe esperar?

ANTE el panorama descrito, podemos preguntarnos, retomando las preguntas de Kant: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué nos cabe esperar? He aquí algunas propuestas éticas como respuesta a la mismas y a la situación previamente analizada.

Generar un amplio tejido social y comunitario de base

UNO de los más rotundos fracasos de la sociedad moderna ha sido haber creado una gran tela de araña burocrática

tan rígida que ha sofocado todo brote comunitario. La Modernidad eliminó la estructuración estamental del medioevo e intentó configurar la sociedad como una comunidad de iguales. Más aún, el intento igualitario se recoge en las diferentes declaraciones de derechos humanos y de los pueblos. Sin embargo, de hecho lo que ha generado ha sido una comunidad de seres humanos y de pueblos desiguales.

Similar fracaso ha caracterizado también al «cristianismo real» en su historia al haber impedido el desarrollo de las experiencias comunitarias cristianas en su seno, cuando dichas experiencias pertenecen a su núcleo fundamental y fundacional. Todavía hoy la Iglesia institucional sigue obstruyendo los cauces comunitarios nacidos como expresión de la coherencia evangélica, en fidelidad a los orígenes del cristianismo y como resultado de la eclesiología dinámica del Concilio Vaticano II (1962-1965).

Frente a ambos fracasos, creemos necesario crear lazos comunitarios de base en todos los ámbitos de la existencia humana: el cultural, el cívico, el político, el económico, el social, el religioso, etc. El tejido comunitario en la sociedad se logra a través de la participación y de la corresponsabilidad.

También es necesario crear dicho tejido en las iglesias cristianas. ¿Cómo? Creando espacios de comunicación horizontal donde orar juntos, reflexionar juntos, dialogar, asentir, disentir, convivir, compartir, etc. No se olvide que el sujeto de la fe es el yo, pero no como individuo aislado, sino como hermano y hermana, como sujeto que vive comunitariamente la experiencia de la fe. Uno de los modelos de referencia más fecundos y dinámicos son las *comunidades cristianas de base*.

Trabajar por la construcción de una sociedad multicultural y multirreligiosa

«SOMOS iguales, somos diferentes»: Éste es el principio que ha de regir en el futuro la convivencia entre los pueblos y los ciudadanos pertenecientes a diferentes culturas, razas, etnias y religiones.

Todos los seres humanos somos *iguales* en derechos, en dignidad. Todos pertenecemos a la misma especie: la humana. Todos tenemos tareas comunes ineludibles: la lucha por la justicia, la fraternidad y la sororidad; el trabajo por la paz y la reconciliación entre los pueblos y los seres humanos; la protección de la naturaleza como hogar de la humanidad y la defensa de sus derechos, que, como los humanos, son inalienables; la elaboración de un

código ético común que establezca las bases para una convivencia en armonía, libertad y respeto.

A su vez, los seres humanos somos *diferentes*. Pertenecemos a diferentes pueblos, razas, etnias, culturas. Somos distintos por la historia y la religión. La diferencia, por tanto, es tan importante como la igualdad.

¿Significa ello que tenemos que estar enfrentados y en permanente conflicto? Todo lo contrario. ¿Qué actitud adoptar, entonces?

En primer lugar, *reconocer la diferencia como una realidad positiva y enriquecedora*. Las expresiones culturales históricas, étnicas, raciales y religiosas diferentes conforman una humanidad más plural, dinámica y animada.

En segundo lugar, *eliminar todo complejo de superioridad de unas culturas sobre otras* y reconocer el valor y la significación de cada cultura, así como las aportaciones que pueden prestar a las otras. En general puede decirse que no hay culturas con más valores que otras, sino culturas con valores diferentes. A su vez, hay que eliminar toda tendencia a sacralizar determinadas culturas. Toda cultura es histórica, creación humana y, por tanto, objeto de revisión crítica.

En tercer lugar, *valorar y defender la propia cultura, pero sin absolutizarla*; con sentido crítico, potenciando sus elementos positivos, pero reconociendo, al mismo tiempo, sus aspectos negativos y trabajando por su erradicación. Cada cultura a lo largo de su historia ha acumulado valores innegables junto a deformaciones y perversiones que deben ser corregidas.

En cuarto lugar, *respetar las diferentes formas de vida y las diferentes concepciones filosóficas y religiosas*. Todas ellas son portadoras de sentido e intentan responder a los enigmas de la existencia humana. Dicho respeto debe ir acompañado de la crítica hacia las formas de vida y concepciones culturales que atenten contra la dignidad de la persona.

En quinto lugar, *establecer un diálogo permanente y abierto entre las diferentes culturas, religiones y concepciones filosóficas* que contribuya al mutuo enriquecimiento. Las culturas no son estáticas; se han ido conformando a lo largo de la historia en contacto con otras culturas. Lo mismo debe suceder en el presente y en el futuro. Hay que empezar por conocer las culturas distintas de la nuestra. Y a partir de ahí llevar a cabo contactos interculturales con actitud crítica y autocrítica, sin ánimo de proselitismo y sin actitudes de autosuficiencia. Hay que tender puentes entre las culturas y las religiones, pero no para que desaparezcan las diferencias y se cree una única cultura y una única religión, sino para llegar al entendimiento, buscar formas de cooperación, limar asperezas e incorporar a la propia cultura los valores que pueden encontrarse en las otras.

En sexto lugar, *acoger con los brazos abiertos a los hombres, mujeres, niños y personas mayores que, procedentes de otros pueblos, llegan hasta nosotros en busca de unas mejores condiciones de vida o de libertad*. Ésta es la forma de aplicar en la práctica los principios anteriores. La sociedad multicultural y multirreligiosa no se construye en la distancia, sino en la cercanía del día a día, con las personas diferentes cultural, religiosa, étnica y racialmente que se encuentran entre nosotros. Es con ellas con quienes hay que mostrar sentido humanitario y vivir la solidaridad; es a ellas a quienes hay que tratar como iguales en dignidad y derechos. Sobre todo en un momento en que avanzan a pasos agigantados la xenofobia, la intolerancia, la marginación del «diferente», la persecución a quienes no pertenecen a la misma tribu.

No se trata de lograr la integración, sino de establecer la *multiculturalidad* como nueva forma de existencia entre los seres humanos. Cuando en un pueblo hay una cultura dominante y mayoritaria, y otras culturas minoritarias, la integración de éstas en aquélla se convierte, por la fuerza de los hechos, en sumisión cultural. La multiculturalidad, sin embargo, reconoce la igualdad entre las culturas y establece unas relaciones simétricas entre ellas.

Éstas son, a mi juicio, algunas de las bases de la *ética de la alteridad*, que debe caracterizar las relaciones entre las diferentes culturas, religiones, razas y etnias.

Construir una comunidad de iguales (no clónicos) sin discriminaciones de género

LAS discriminaciones por razones de género, generalmente contra la mujer, están a la orden día y, lejos de reducirse, crecen cualitativa y cuantitativamente, y no conocen fronteras ideológicas, culturales o geográficas. Son múltiples y adquieren diferentes modalidades, algunas de ellas cargadas de sadismo (1). Las mujeres son constantemente crucificadas en la sociedad actual, que tiende a legitimar la violencia contra ellas. Las estadísticas no hacen más que confirmarlo. La violencia contra las mujeres se da en las calles, pero también en los hogares, en los lugares de trabajo, en los lugares de diversión, en los medios de comunicación, en la publicidad, etc. Pero lo más grave es que tiende a justificarse recurriendo a un doble mecanismo: inculpatorio para las mujeres, a las que se

(1) Una de las mejores aportaciones al tema de la violencia contra las mujeres, en la Revista Internacional de Teología *Concilium* 252 (1994): «Violencia contra las mujeres».

considera culpables y merecedoras de la violencia; y exculpatorio para los autores de la violencia –la mayoría de las veces, varones–, quienes se creen elegidos para salvaguardar el orden moral, que identifican con el orden patriarcal.

En la relación de los varones con las mujeres, «lo habitual es la violencia, mientras que la justicia es episódica –afirma Joanne Carlson Brown, ministra de la Iglesia Merodista Unida e historiadora de la Iglesia–... La violencia sexual es un lugar común... Los ataques sexuales son el recurso patriarcal para poner en su lugar a mujeres y niños... La violencia y los abusos sexuales son los grandes instrumentos del patriarcado en apoyo del dominio de los varones sobre las mujeres» (2).

El feminismo, en cuanto teoría y práctica de la emancipación de la mujer, ofrece importantes instrumentos de análisis para identificar las diferentes expresiones de marginación de que son objeto las mujeres, descubrir sus raíces más profundas, que se encuentran en el patriarcado, y desenmascarar sus mecanismos de perpetuación.

El feminismo ofrece categorías antropológicas, éticas y políticas nuevas, desde donde es posible elaborar un nuevo paradigma de convivencia integrador y no excluyente, fundado en una antropología unitaria, al tiempo que multipolar e igualitaria, pero dentro del respeto a la diferencia. Se trata de un modelo de relaciones emancipadas y emancipadoras entre hombres y mujeres a través de una igualdad diferenciada y de la fraternidad/sororidad.

Crítica del sistema capitalista, como generador de injusticias y desigualdades estructurales

LA caída del socialismo real parece que nos ha dejado sin referentes para construir un modelo socio-político, cultural y económico alternativo al capitalismo. Cunde el desconcierto. Con todo, hay que recordar que lo que ha fracasado no ha sido el socialismo, sin una de sus burdas perversiones y de sus más siniestras caricaturas. La caída del comunismo en los países de la Europa del Este no significa el fin del socialismo democrático, ni la consagración del capitalismo como alternativa única para el futuro.

Y, sin embargo, eso es lo que se está haciendo creer desde el interior del propio capitalismo, a partir de la obra de F. Fukuyama *El final de la historia*:

(2) J. Carlson Brown, «Por respeto a los ángeles. Violencia y acoso sexuales»: *Concilium* 252 (1994), 215-225.

que el capitalismo es el modelo final y definitivo que ha logrado imponerse y sobrevivir al resto de los sistemas. Hay incluso una teología económica desarrollada por M. Novak, que viene a legitimar el capitalismo como el sistema económico y político que más riqueza genera y mejor la distribuye.

Se está consolidando un *capitalismo internacional*, que se rige por el principio del *mercado total*. Como observa atinadamente J. Vidal Beneyto, «no vivimos en una aldea global, sino en un mercado global». Su más directa derivación es el «totalitarismo emergente», en feliz expresión de F. Himkelammert. Porque totalitarismo es considerar la economía de mercado en su versión neo-liberal como el único modelo económico y político posible.

Pero las cosas no son como se nos presentan. Sus resultados son menos atractivos. El capitalismo se parece a un campo sembrado de minas. Caminar por él constituye un peligro, ya que las minas explotan por doquier y destruyen vidas humanas sin cuento, especialmente de los pobres. Las heces del capitalismo se arrojan al Tercer Mundo —donde se deja sentir más acusadamente la contraposición Norte/Sur—, y al Cuarto Mundo, donde se acusan de manera creciente la marginación y exclusión en importantes franjas y sectores de población.

El capitalismo no sólo genera problemas de desigualdad entre los seres humanos, sino *problemas ecológicos*, que son el efecto negativo de su ilimitada voracidad. Destruye los bosques para su propio beneficio. Provoca amenazas contra la salud por la acumulación y el transporte de desechos tóxicos. Axfisia a las ciudades por la contaminación del aire. Permite la contaminación del agua a través de productos químicos tóxicos. No impide la esterilización de los lagos por la lluvia ácida. Permite el envenenamiento del suelo por el efecto de pesticidas y fertilizantes.

En el caso del Tercer Mundo, los problemas ecológicos se agudizan con la deforestación, desertización, erosión de especies animales y vegetales, especialmente en los trópicos, para pagar la deuda externa —que más bien parece «eterna»— contraída con los países desarrollados.

Suele considerarse un éxito del capitalismo la creación y la gradual ampliación del *Estado de bienestar*, preferentemente en el Primer Mundo. Sin embargo, no se repara en el generalizado *estado de malestar* y en las nuevas formas de pobreza que genera. El capitalismo es un sistema éticamente injusto, precisamente por esto, porque limita el estado del bienestar a un privilegiado y reducido grupo de seres humanos y excluye del mismo a la mayoría de la población humana del planeta. Al capitalismo se debe, en buena medida, el estado de malestar y pobreza en que se encuentran las dos terceras partes de la humanidad. En su «debe» hay que poner no pocas de las gue-

rras regionales, que se libran y mantienen gracias a la venta de armas a los pueblos contendientes por parte de las grandes potencias productoras y exportadoras de material bélico.

El capitalismo no se rige por la ley de la universalidad, sino por la de la selectividad, que desemboca en un *darwinismo social*. Su objetivo no es la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos y de todos los pueblos, sino la satisfacción y saturación de una pequeña parte de la humanidad, mientras la mayoría vive en estado de penuria y de carencia. La ética capitalista se rige por el individualismo, la competitividad, el lucro y la acumulación.

La riqueza es el nuevo becerro de oro del capitalismo neoliberal que se configura como una religión, con sus dogmas, dioses, personas sagradas, textos sagrados, templos y sacramentos.

Tras la crisis del marxismo, *no cabe la resignación* ante el capitalismo. Los interrogantes que ha venido planteando el marxismo a lo largo de siglo y medio de existencia siguen sin respuesta. Los problemas que él descubriera y denunciara no sólo no se han resuelto, sino que, en algunos casos, se viven de manera más acusada. Hay que seguir, por ello, haciendo la crítica el capitalismo en sus diferentes dimensiones: económica, política, cultural, religiosa e ideológica, y proponiendo alternativas. Protestas con propuestas: he aquí la actitud.

Presencia solidaria y transformadora en el Tercer Mundo y en el Cuarto Mundo

FORMAMOS un solo mundo, una sola humanidad. No hay ciudadanos de primera, de segunda y de tercera categoría, sino un solo tipo de seres humanos con igualdad de derechos y de deberes, como ya indicamos más arriba. A partir de esta convicción, ha de surgir una conciencia *universalista*, mundial, planetaria, que dé lugar a un *nuevo orden mundial* igualitario, justo, no discriminatorio.

La ética que ha de regir las relaciones entre los seres humanos y los pueblos es la *ética de la proximidad*, expuesta en la mayoría de las tradiciones religiosas y humanitarias, y descrita ejemplarmente en la parábola evangélica del *Buen Samaritano* (Lc 10, 25-37). El buen samaritano siente compasión por la persona agredida por unos salteadores; se acerca a ella, le venda las heridas, la lleva a la posada en su propia cabalgadura, pide al mesonero que cuide de ella y le paga la estancia.

Las dos figuras individuales, el «buen samaritano» y el «hombre malherido» han de interpretarse en clave colectiva y deben referirse a las relaciones entre los pueblos, que son relacionados de opresión-dominación, subdesarrollo-desarrollo. Ambas figuras han de aplicarse a los mecanismos estructurales que generan pobreza. El principio-explotación debe dar paso al *principio-compasión*.

La conciencia universalista lleva a tender *redes de solidaridad internacional con el Tercer Mundo*. ¿Cómo? Siendo sensibles ante las injusticias estructurales causadas por el Primer Mundo, dándolas a conocer, generando conciencia de responsabilidad en las mismas, promoviendo acciones solidarias, apoyando programas de desarrollo en los países depauperados, etc.

La moral de amor al prójimo remite derechamente a estar presente en actitud solidaria en el Cuarto Mundo, donde conviven nuevas y viejas pobrezas, nuevas y antiguas marginaciones, que, juntas, forman el magma de la exclusión. Es ahí donde está nuestro prójimo más próximo. Difícilmente podemos ser solidarios con el Tercer Mundo, que se encuentra lejos, si no lo somos con el Cuarto Mundo que está en los márgenes de nuestro Primer Mundo.

Esta presencia no puede limitarse a un simple paseo turístico para conocer, sin bajarse del autobús, la última reserva de marginados/as que queda en nuestro mundo. Ni puede ser una presencia puramente testimonial que deje las cosas como están. No es una aventura juvenil pasajera hasta que uno sienta la cabeza. Ni una corazonada dictada por la emoción y el entusiasmo. Menos aún una presencia paternalista y mesiánica desde fuera, en plan redentor. Ha de ser una presencia para quedarse, para echar raíces, para compartir el malestar y tornarlo juntos en *bienestar solidario*.

En contra de lo que nos hacen creer los apologistas del «sistema», la franja del Cuarto Mundo es cada vez más ancha y más profunda. La impresión de que no hay nada que hacer, porque los problemas están resueltos, constituye el más hábil engaño del Estado de bienestar. Queda mucho por hacer. A mí me sucede lo que a Monatte, sindicalista francés de principios de siglo, quien afirmaba: «Cuando llego a un lugar y me dicen que no se puede hacer nada, inmediatamente pienso que está todo por hacer» (3).

Hay que llegar a todas las franjas de marginación, pero sin quedarse en la superficie, sino llegando al fondo para mejor erradicar las causas que la producen. De lo contrario, no será la liberación, sino la marginación la que eche raíces y se perpetúe.

(3) Tomo la cita de F. Fernández Buey y J. Riechmann, *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*, Siglo XXI, Madrid, 1996, 419.

Formular y vivir la utopía en nuestro entorno

LA dificultad, e incluso la imposibilidad, de construir la gran utopía de un mundo nuevo a nivel universal no debe impedir formular la utopía. Una de las principales amenazas contra la utopía es la *desorientación*, la pérdida de horizonte. El sistema se empeña en dejarnos sin puntos de referencia, ni en el pasado ni en el futuro, sumiéndonos en una ceremonia de confusión. O, lo que es peor todavía, haciéndonos creer que vivimos en el mejor de los mundos, que lo tenemos todo y que no podemos aspirar a nada mejor.

Hay que empezar por *formular la utopía*, por aclararnos a nosotros mismos, por saber lo que queremos. ¿Cómo? Unas veces será en positivo, proponiendo con nitidez el ideal utópico a conseguir. Otras, en negativo, repitiendo tres veces con Ortega, «no es eso, no es eso, no es eso». Ambas modalidades son válidas. Depende en cada caso del contexto social, del grado de conciencia de cada comunidad, de las facilidades o dificultades que se interponen en el camino hacia la utopía.

La *formulación de la utopía*, en positivo o en negativo, es una *etapa previa y necesaria* para su ulterior realización. Si la utopía no es explícita, si no se tiene claro a dónde se quiere llegar y cómo se quiere llegar, o a dónde no se quiere ir y qué caminos no hay que seguir, se darán bandazos sin norte y se harán viajes que no llevan a ninguna parte. Cada vez estaremos más lejos de la meta.

Pero la formulación de la utopía debe ir acompañada de la *realización de la utopía en nuestro alrededor*, sin perder de vista la gran utopía como ideal y punto de llegada. Es la construcción de las *micro-utopías*, que pueden ser tantas cuantos son los proyectos de emancipación y liberación que vamos tejendo en los pequeños mundos donde (con) vivimos, trabajamos, luchamos, etc. Las micro-utopías han de experimentarse en el corazón mismo de la realidad conflictiva. Se trata de *pensar globalmente de cara al futuro y de actuar localmente en el aquí y ahora*.

Es verdad que la suma de las micro-utopías no tiene por qué dar como resultado mecánico la construcción de la macro-utopía, pero no es menos cierto que nos aproxima a la idea de un mundo fundado en la fraternidad-sororidad. Las experiencias micro-utópicas nos permiten vivir en zonas liberadas, si bien siempre amenazadas por la contaminación de la ideología dominante. Asimismo, la construcción de las micro-utopías en la práctica ayuda a tener los pies en la tierra y a no huir hacia adelante.

En la construcción de las micro-utopías, el cristianismo puede hacer aportaciones muy valiosas e irrenunciables desde sus tradiciones proféticas y evangélicas, como ya adelantamos más arriba.